

En la escala

Eduardo J. Carletti

Imagínense un viento fuerte, muy muy fuerte, terriblemente fuerte. Imparable.

¿Ya está?

Bueno. Eso no es nada, NADA.

1

Entró desplomándose. Se desprendió el uniforme con una palmada leve y dejó que se deslizara al piso, donde se fundió con la superficie lisa y marmolada. Ca zambulló en el campo y se quedó colgando ahí fláccidamente, descansando hasta el más recóndito de sus músculos.

—¡Ni uno solo. Ni uno! —exclamó al aire—. ¡Todos muertos! ¡Qué pila de basura!

Cuando apareció Ysko, todavía había ecos de su queja rebotando en las paredes. El panel se deslizó y volvió a su lugar en un instante, enmarcando la figura exótica de su compañero de viaje, que se acercaba con paso saltarín, luciendo una calvicie brillante y extensa y esa estatura subestándar que parecía imposible en una época de programación genética total.

Pero a Balselle le gustaba; por lo menos en su fases F le gustaba.

—No te mates; no vale la pena. —Ysko se acercó y le ofreció una burbuja *drammi*, el cóctel exacto para su estado de ánimo.

El vientre de Balselle vibró con un cosquilleo eléctrico, mientras empezaba a sentir ese tirón leve en los pechos que produce la erección de los pezones.

—¿Qué pasa, se siguen muriendo? —se interesó Ysko.

—Esas cosas se están burlando de nosotros —protestó Balselle, flopeando del todo a F—. ¡Me enloquecen!

Ysko, que a pesar de esa apariencia extravagante no era lento, se acercó al nog y apoyó la mano con suavidad sobre la piel tersa de la cadera de Balselle. En un instante minúsculo hubo una comunicación velocísima piel-piel, en la que se transmitieron todas las invitaciones, todos los códigos, todas las sensaciones.

Ysko estaba en una fase M extrema; mostraba una erección poderosa. El pene de Balselle, que se había mantenido flácido hasta el momento, se retrajo del todo en su cavidad muscular. El cuerpo le ardía de hormonas femeninas circulando a toda máquina, un proceso que se realimentó en Ysko, explosivo.

Sus manos subieron hasta los pechos de Balselle, entretanto ella giraba como una gata en el campo nog, ofreciendo un trasero magnífico.

—No nos dejemos llevar por las tensiones —susurró Ysko en el oído de Balselle, mientras se zambullía literalmente dentro de su cuerpo—. Descansemos, relajémonos...

Giraron el campo varias veces; primero cuarenta y cinco grados, luego noventa, ciento veinte y mil ángulos más, de modo que por momentos uno estaba abajo y el otro arriba, luego a un costado y después encima, hasta que se sintieron agotados y dispararon un recambio. Balselle había ido flopeando hacia M y estaba cambiando su excitación: el miembro se le iba poniendo tenso, al mismo tiempo que los caracteres femeninos entraban en receso. Pero Ysko era un M exclusivo y jamás se prestaba —ni se había prestado— al juego homosexual, así que se sentó con comodidad en el nog y materializó unas formas voluptuosas de hidrostyrene, para deleite de Balselle, que adoraba la exquisita imaginación erótico-estructural de Ysko tanto como la rareza de ese juego sexual al que lo/la arrastraba ese ser extraño que le había tocado como acompañante.

Una vez descargado su esperma —el suyo y el de Ysko, reciclado mágicamente por los conductos internos de su organismo modificado— en la muñeca ardiente que había modelado su compañero, Balselle se sintió mejor, mucho mucho mejor.

Se relajó en el nog.

—Gracias Ys, fue genial. Lo necesitaba.

—De nada —contestó Ysko mientras se vestía—. ¿Seguimos fracasando?

Balselle levantó la mano con pereza y extrajo un juego nuevo de ropas desde el suelo. Mientras éstas se deslizaban sobre su cuerpo, se estiró en el nog, poniendo las manos detrás de la nuca.

—Siguen fracasando, diría yo. Esas cosas son engendros innaturales, pura basura. Estoy pensando que nos dejaron juntar los huevos de la peor escoria... O a lo mejor los hicieron así a propósito. Casi me parece que...

—No deberíamos sacar conclusiones apresuradas. —Ysko era muy frío para especular e imaginaba lo que Balselle estaba por decir—. Tiene que haber alguna explicación para esta locura.

—Sí, ¿pero cuál? ¿Cuál? —A Balselle el tema ya le resultaba exasperante.

Ysko terminó de colocarse el buzo de un manotazo y, saliendo, le gritó desde el umbral: —¡Ya lo vamos a averiguar, no te preocupes!

NOTAS (Ysko):

El planeta es de masa inferior a la de la Tierra, así que la gravedad es un poco menor. Forma muy despareja: no es esférico; más bien parece una vaina de maní. Y su giro tampoco es regular, sino que el eje de rotación se mueve en forma complicada respecto al plano de la órbita, que es algo excéntrica. La atmósfera es espesa, bastante espesa. Y en períodos determinados muy agitada. Yo diría violenta, desatada.

Hay vientos. Vientos terribles.

Estuvimos estudiando la composición interna de Huracán, pero no encontramos nada anormal: parece ser un trozo errante atrapado por esta estrella. Los módulos están totalmente mudos, tratando de digerir la información que les metimos. Nosotros mientras tanto tratamos de desentrañar el peor enigma: la Biología.

Es terrible.

Eduardo J. Carletti ganó en 1986 el premio *Más Allá* con este cuento, otorgado por el Círculo Argentino de Ciencia-Ficción y Fantasía.

Para leer el final del cuento:

Contactar: ecarletti@axxon.com.ar